

## CAPITULO XXVI.

« ; Escuche vm. ! las campanas y las trompetas llaman á los convidados; pero la mas bella no responde. Los salones estan llenos de señores y de damas; pero la mas amable se vé forzada á ocultarse. ¿ Como has podido tú, príncipe orgulloso, dejarte engañar por el resplandor de esos brillantes meteoros, y perder aquel tacto juicioso que hace preferir el resplandor de los astros á el de un coco de luz, y la vergüenza del mérito modesto á la insolencia de las cortes? »

*El Pantufo de vidrio.*

LA desgraciada Amy, condesa de Leicester, habia sido tratada desde niña por los que la rodeaban con demasiado mimo, con una indulgencia ilimitada y perjudicial. La dulzura natural de su carácter la habia preservado del orgullo y de la aspereza. Pero el capricho que habia preferido el hermoso y seductor Leicester á Tresilian, en quien no podia menos de reconocer mucho honor y un afecto inal-

terable; este capricho fatal, que echó por tierra su felicidad, provenia de la ternura mal entendida con que habian omitido dar á sus pocos años la penosa pero indispensable leccion de la sumision y del respeto. Habianla acostumbrado con la misma debilidad á formar y declarar sus deseos, dejando á otros el cuidado de colmarlos; he aquí por que en la edad mas crítica de su vida se encontró incapaz de formar por sí misma un plan de conducta prudente y razonable.

Estas dificultades se aumentaron mas y mas cuando vió acercarse el dia que iba á decidir de su destino. Sin hacer caso de ninguna consideracion, habia deseado únicamente hallarse en Kenilworth en presencia de su esposo; y al hallarse cerca, las dudas y la incertidumbre acudieron á turbar su ánimo con el temor de mil peligros, reales los unos, los otros imaginarios, y todos agravados y exagerados por su posicion, y por la privacion de los consejos que hubiera necesitado indispensablemente.

El no haber dormido una noche la habia debilitado de tal suerte, que se encontró incapaz de contestar á Wayland que fué á llamarla temprano. Este guia fiel empezó á entrar en gran cuidado. Estaba casi decidido á partir solo para Kenilworth en busca de Tre-

silian, cuando á eso de las nueve fué llamado á su cuarto. La encontró dispuesta á seguir el viage, pero tan pálida, que la creyó enferma. Sin embargo le dió orden de aprestar los caballos al momento, y resistió con impaciencia á las instancias que le hizo su guia de tomar algun alimento ántes de salir. Ya me han dado, dijo, un vaso de agua. El infeliz que conducen al suplicio no necesita de otro cordial, y yo debo contentarme con él igualmente. Haga vm. lo que le digo. Wayland permanecia inmóvil, y añadió ella: ¿Que quiere vm.? ¿no me ha comprendido vm. bien?

— Perdone vm., dijo Wayland, y permítame preguntarla cuales son sus designios. Sean los que fueren, me conformaré con ellos. Todo el mundo va á Kenilworth; seria difícil que llegásemos allí, aun cuando tuviésemos los pasaportes que necesitamos. Siendo desconocidos y hallandonos sin apoyo, pudiera sucedernos algun contratiempo. Perdoneme vuestra señoría si me tomo la libertad de decirle lo que pienso. ¿No seria mejor que procurásemos encontrar los cómicos y reunirnos con ellos? Meneó la condesa la cabeza. Vamos, continuó el guia, solo veo ya un remedio.

— Dime lo que piensas, dijo ella deseando

la aconsejase lo que no hubiera osado proponer. Tengote por leal; así, ¿que consejo me das?

— Permitirme que advierta al señor Tresilian que se halla vm. aquí, dijo Wayland. Estoy seguro de que al momento vendrá acompañado de algunos oficiales de la casa de Sussex, y tomará las medidas necesarias á la seguridad de vm.

— ¡Se atreve vm. á aconsejarme que me ponga bajo la proteccion de Sussex, del rival indigno del noble Leicester! dijo la condesa. Despues viendo la sorpresa que aquellas palabras habian causado á Wayland, y temiendo haber manifestado demasiado á las claras su interes por Leicester, añadió: Y en cuanto á Tresilian, eso no puede ser. No pronuncie vm. mi nombre en su presencia; yo se lo mando á vm., porque seria aumentar mis infortunios, y rodearle de peligros de los que no pudiera escaparse. Pero notando que Wayland continuaba mirandola con cierta inquietud que manifestaba las dudas que concebía del estado de su ánimo, se revistió de un aire tranquilo, y le dijo:

— Guiame directamente al castillo de Kenilworth, y habrás hecho cuanto tenias que hacer; allí pensaré yo lo que debo hacer des-

pues. Me has servido hasta aquí con fidelidad; toma alguna cosa en recompensa.

Al decir esto ofreció al artista una sortija con un diamante precioso. Wayland la miró, vaciló un momento, y la devolvió á la condesa. — Señora, la dijo, necesito de los favores de todo el mundo, pues no soy sino un pobre trompeta, y me he visto forzado, Dios lo sabe, á valerme para vivir de medios mas bochor-nosos que la generosidad de una señora como vm.; pero mi amo antiguo el albeitar solia decir á sus parroquianos: *Si no hay cura, no hay salario*; aun no hemos llegado al castillo de Kenilworth, y cuando se haya concluido el viage, tendrá vm. tiempo de pagar á su guia. Creo firmemente que está vuestra señoría tan segura de ser bien recibida á su llegada, como puede estarlo de que haré cuanto esté de mi parte por conducirla con seguridad. Voy á buscar los caballos. Permitame vm. entretanto que insista de nuevo en suplicarla, como su guia y tal vez tambien como su médico, tome algun alimento que fortifique su estómago un poco.

— Sí, tomaré alguna cosa, dijo ella con viveza: vaya vm. á disponerlo todo al momento. Es inútil que quiera yo manifestar tranquilidad, añadió cuando quedó sola; este pobre

criado descubre mi desaliento y temor, y conoce mi flaqueza.

Procuró entónces comer algo, siguiendo los consejos de su conductor, pero no pudo conseguirlo. Cuantos esfuerzos hacia para trag-ar algun bocado, le causaban una incomodidad. Poco despues, estando prontos los caballos, Amy se colocó en uno de ellos, y encontró, en el aire libre y la mudanza de sitio, el alivio que suele hallarse en semejantes casos.

Sucedió, con no poca ventaja para los designios de la condesa, que como Wayland en el discurso de su vida extraordinaria y vagamunda habia atravesado la Inglaterra en todas direcciones, conocia tan bien los caminos transversales y los atajos, como los directos del rico condado de Warwick; porque la multitud de gentes que iba á Kenilworth á ver la entrada de la reina en aquella residencia magnífica de su primer favorito, era tal que los caminos principales estaban atestados, intransitables, y los viageros no podian caminar sino dando infinitos rodeos.

Los asentistas de la reina habian recorrido el pais cargando con todas las provisiones de las aldeas y haciendas, que se exigian ordinariamente en todos los viages de la corte, y que se pagaban despues á los propietarios

tarde, mal, ó nunca. Los oficiales de la casa del conde de Leicester habian hecho una requisicion semejante en las cercanías, y muchos de sus amigos y parientes se aprovechaban de esta ocasion para insinuarse en los favores del privado, enviando muchas provisiones de toda especie, muchísimas aves, y barricas de los mejores vinos. Los caminos reales estaban cubiertos de bueyes, de carneros, de terneras y de cerdos, y asimismo de carros muy cargados, cuyos ejes rechinaban bajo su peso. Se veian precisados á hacer alto á cada paso, porque se embarazaban los tales carros unos con otros, y los carreteros, gritando y jurando con la mayor cólera, se disputaban el paso sacudiendose el polvo con sus varas y sus látigos. Estas disputas se acababan generalmente con la intervencion de algun asentista, ó de alguna persona de autoridad, que rompía la cabeza á los dos rivales.

Habia ademas actores, mimos y juglares de toda especie, que seguian en reuniones alegres los caminos que conducian al palacio *del Placer Real*; ese es el nombre que los copleros habian dado á Kenilworth en los versos que habian publicado con anticipacion sobre las fiestas que debian celebrarse. En medio de estas escenas confusas, los mendigos, manifestando sus lacerias verdaderas ó fingidas,

formaban un contraste extraño y comun al mismo tiempo entre las vanidades y los dolores de la vida humana. Una poblacion inmensa, reunida por mera curiosidad, se hallaba tambien en los mismos caminos. Aquí el artesano con su mandil de cuero se rozaba con la dama aseada y elegante: allí los aldeanos con sus zapatos claveteados pisaban los zapatitos de los hombres acomodados ó de los caballeros mas respetables. Y Juana la lechera, con sus pesados pasos y sus brazos encarnados y vigorosos, se abria paso por medio de las bonitas señoritas hijas de los caballeros y nobles.

Toda esta multitud se manifestaba alegre. Iban todos á participar del placer, y se reían de los inconvenientes y molestias que en otras ocasiones les hubieran causado cólera y mal humor. A escepcion de las riñas casuales que se suscitaban, como hemos dicho, entre la clase mal sufrida de los carreteros, todos los acentos confusos que se oían entre el gentío eran alegres. Los músicos templaban sus instrumentos, los copleros ensayaban sus coplas, el gracioso de profesion voceaba sus disparates y chocarrerías, los bailarines tocaban sus campanillas, los aldeanos gritaban y silbaban, las muchachas pegaban chillidos cuando alguna grosera botarga salia de un

lado, como un volante, para ser detenida en el aire y enviada al otro lado del camino por aquel á quien se dirigia.

Nada es quizá mas cruel para una alma abrumada por la tristeza que el verse obligada á asistir á las escenas alegres que estan en abierta oposicion con los sentimientos que prueba. Sin embargo en esta ocasion el tumulto y la confusion de este espectáculo diéron algunas distracciones á la condesa de Leicester, y le hicieron el triste servicio de impedirle pensar en sus desgracias, ó formar anticipadamente ideas terribles de su suerte.

Marchaba como un soñoliento, abandonandose enteramente á la conducta de Wayland que manifestaba la mayor destreza. Unas veces se abria camino por entre la muchedumbre, otras aguardaba un momento favorable de ir adelante, y no pocas dejando el camino directo, iba por sendas tortuosas que le conducian á él, despues de haberle facilitado andar una gran parte del camino con mas comodidad y rapidez.

De esta manera evitó ir á Warwick, en donde Isabel habia reposado la noche anterior en el castillo (este monumento soberbio del esplendor de los siglos de la caballería, que el tiempo ha respetado hasta hoy) en donde debia pasar hasta el medio dia, que era en-

tónces en Inglaterra la hora de comer; despues debia salir para Kenilworth. En todo el camino cada grupo que pasaba decia alguna cosa en alabanza de la reina, pero mezclando un poco de aquella sátira que sazona regularmente el juicio que formamos de nuestro prójimo, especialmente si es nuestro superior.

— ¡ Han oido vms., dijo uno, con que gracia ha hablado al alcalde, al escribano y al buen señor Griffin el ministro, cuando estaban arrodillados bajo la portezuela del coche?

— Sí, y como ella ha dicho al escribanillo: Señor Aglionby, me han querido hacer creer que me tiene vm. miedo; mas en verdad me ha hecho vm. tan bien la enumeracion de las virtudes de un soberano, que veo que soy yo la que debo temer á vm. Y despues, ¡ con que gracia ha cogido la bolsa hermosa en que estaban los veinte soberanos de oro! Parecia que no la queria tocar siquiera, pero al fin la ha tomado.

— Sí, sí, dijo otro; los dedos se han cerrado de buena gana al cogerla, y he notado tambien que la reina la ha tomado al peso, como diciendo: Creo que son de ley.

— Nada tenia que temer su magestad en esa parte, dijo el tercero. Solo cuando la mu-

nicipalidad paga las cuentas de algun pobre jornalero como yo , le despacha dandole monedas mordidas : por fortuna hay un Dios superior á todo. El escribanillo , ya que las cosas van asi , va ahora á verse en zancos.

— Vamos , vamos , vecino , dijo el que habia hablado el primero , no sea vm. mordaz. Isabel es buena reina y muy generosa.... Ha dado al conde de Leicester la bolsa.

— ¡ Yo mordaz! Dios nos guarde y nos asista , dijo el jornalero. Pero pienso que dará pronto todo al conde de Leicester.

— Usted va á desmayarse , señora , dijo Wayland á la condesa , y la aconsejó separarse del camino , y detenerse hasta que se hallase algo mejor. Pero Amy se hizo superior á las emociones que le hicieron probar aquellas palabras y otras semejantes que hiriéron sus oidos , y quiso continuar su viage hasta Kenilworth con toda la celeridad que permitian los infinitos obstáculos que encontraban en el camino. La inquietud de Wayland , viendo su debilidad y desaliento , se aumentaba á cada paso , y empezaba á tener fuertes ganas de verla cuanto ántes , segun ella queria , en el castillo en donde no dudaba estuviere segura de una buena acogida , aunque no queria al parecer confesar en quien fundaba sus esperanzas.

— Si llevo á salir de este lance , decia entre si mismo , ántes de consentir en volver á ser escudero de una señorita andante , permitiré que me rompan la cabeza con mi martillo de herrero.

Ya se descubrió por fin á la vista el magnífico castillo de Kenilworth. En hermo-searle y en mejorar los dominios que de él dependian , se dice que habia gastado el conde de Leicester sesenta mil libras esterlinas , que equivalen en el dia á trecientos mil pesos.

Las paredes exteriores de este soberbio y gigantesco edificio encerraban vastísimas caballerizas , huertas , bosques hermosos y jardines llenos de flores , con un gran patio.

El edificio que se hallaba en medio de este recinto espacioso se componia de muchas habitaciones magníficas , que al parecer habian sido hechas en diversas épocas , y que estaban al rededor de un patio interior. El nombre y las armas de cada parte separada renovaban la memoria de señores poderosos muertos en los siglos anteriores , y cuya historia , si hubiese sabido la ambicion darla oidos , hubiera dado una leccion útil al privado orgulloso que habia adquirido y aumentado sus dominios. El vasto torreón que formaba la ciudadela del castillo era antiquísimo , y nada se sabe de positivo sobre la época en que fué edificado.

Le daban el nombre de César, sin duda porque era semejante al de la torre de Londres que se llama lo mismo. Pretendian algunos anticuarios que esta fortaleza habia sido construida por Kenelph, rey sajón, de quien sacaba el nombre el castillo, y otros que habia sido edificado poco tiempo despues de la conquista de los Normandos. Veíase sobre las paredes exteriores el escudo terrible de los Clintones, que las habian fundado en el reinado de Enrique primero, así como el de Simon de Montfort, mas temible todavía, que en las guerras de los barones habia defendido largo tiempo á Kenilworth contra el rey Enrique segundo. Mortimer, conde de Marcha, famoso por su elevacion y su caída, habia dado allí fiestas mientras su soberano destrozado, Eduardo segundo, se hallaba en un calabozo. Juan de Gaunt habia aumentado mucho el castillo, construyendo el ala que conserva aun el nombre de edificios ó habitaciones de Lancastre; pero Leicester habia sobrepasado á sus predecesores, con ser tan ricos y poderosos, erigiendo otra fachada inmensa que ha desaparecido bajo sus propias ruinas, monumento de la ambicion de su fundador. El castillo estaba adornado y protegido por un lago, artificial en parte, sobre el cual Leicester habia hecho construir

un puente magnífico, para que Isabel entrase en el castillo por un camino hecho expreso para ella sola. La entrada ordinaria estaba del lado del norte, en donde habian edificado para la defensa del castillo una torre muy alta que existe todavía, y que sobrepasa, por su estension y el estilo de su arquitectura, el castillo de muchos gefes del norte.

Del otro lado del lago habia un bosque inmenso, lleno de gamos, cabras salvages, ciervos, y otros muchos animales. Este bosque abundaba en árboles magestuosos, de enmedio de los cuales la fachada del castillo y sus torres sólidas salian al parecer con toda su magestad. No podemos menos de añadir aquí que este noble palacio, en donde los príncipes recibian fiestas, y que ilustraron los guerreros con asaltos verdaderos y sangrientos, y justas caballerescas en que la hermosura distribuía los premios obtenidos por el valor, es en el dia un desierto. Su lago se ha convertido en un estanque fangoso, y sus ruinas inmensas solo sirven para dar una idea de su antiguo esplendor, y para hacer apreciar mejor al alma cavilosa del viagero la vanidad de las riquezas del hombre, y la felicidad de los que gozan de la medianía con un corazon contento y virtuoso.

Con muy diferentes sentimientos consideró

la infeliz condesa de Leicester estas torres magestuosas, ennegrecidas por el tiempo, cuando las vió la primera vez descollar sobre los bosques frondosos que las rodeaban. La esposa legítima del privado de Isabel, del ídolo de la Inglaterra, se acercaba á la habitacion de su esposo y de su soberana, protegida mas bien que guiada por un pobre juglar; y aunque era la ama de este castillo orgulloso, cuyas pesadas puertas hubieran debido abrirse por sí mismas á la menor señal, no podía ignorar cuales eran los obstáculos y los peligros que se oponian á su recibimiento en el recinto de estas paredes que le pertenecian.

Efectivamente las dificultades se aumentaban al parecer á cada paso, y nuestros viajeros temieron desde luego no poder adelantarse hasta el otro lado de una barrera por donde se iba á una grande arboleda del bosque de que hemos hablado. Este camino, que ofrecia las mas hermosas perspectivas del castillo y del lago, venia á parar al puente construido últimamente, del que dependia, y era el que la reina debía seguir para ir al castillo en aquel dia memorable.

La condesa y Wayland encontraron la barrera que daba al camino de Warwick, guardada por una compañía de soldados de caballería de la guardia de la reina. Estaban

cubiertos de corazas ricamente labradas y doradas, en vez de gorretinas llevaban yelmos, y tenian las culatas de sus carabinas apoyadas en sus muslos. Estos guardias, que hacian el servicio en todos los puestos por donde debia pasar la reina en persona, estaban á las órdenes de un gefe en cuyo uniforme se veian las armas de la casa del conde de Leicester. No dejaba entrar á nadie absolutamente sino á los convidados á la fiesta, y á los que debian hacer parte de los espectáculos y diversiones.

Acudia mucha gente á este puesto, y cada cual alegaba un motivo diferente para poder pasar adelante; pero los guardias se manifestaban inexorables á sus súplicas é instancias, escusandose con las órdenes severas que habian recibido, fundadas en la conocida aversion que tenia la reina á la precipitacion grosera con que acude en tales casos el populacho. Los que no se contentaban con estas razones eran tratados con dureza; los soldados los rechazaban sin ceremonia, maniobrando con sus caballos cubiertos de hierro, ó con las culatas de sus carabinas. Estas maniobras producian entre la multitud vaivenes en los que temia Wayland verse separado de su compañera, y no sabia tampoco que motivo podria alegar para llegar



á obtener el permiso de entrar. Pensando en esto, se devanaba los sesos y se quemaba las cejas, como dicen, cuando el referido gefe, habiendole visto por casualidad, gritó, dejandole admirado: — Soldados, dejad pasar á este hombre de la capa amarilla. Adelante, señor cómico, despachese vm. ¿Como demonios se ha quedado vm. rezagado? Adelante, digo, con la maleta de su muger.

Mientras el gefe dirigia á Wayland esta órden urgente y poco cortés, los soldados abrieron paso. No hizo mas que advertir á su compañera que se cubriese el rostro, y entró, conduciendo por la brida el caballo de la condesa, con un aire tan humilde, y manifestando tanto miedo y tanta inquietud, que la gentecilla, llena de envidia de aquella preferencia, les dió una grita, é hizo de ellos rechilla y escarnio.

Acogidos asi en el interior del bosque, aunque el recibimiento no fué muy bueno que digamos, Wayland y la condesa pensaban en los obstáculos que tenian todavía que vencer para atravesar el largo paseo guarnecido á derecha é izquierda por una hilera de gentes armadas de sables y alabardas, muy ricamente vestidas con la librea del conde de Leicester, y con sus escudos de armas.

Estos soldados estaban formados á tres

pasos de distancia uno de otro, para poder cubrir todo el camino desde la entrada del parque hasta el puente: asi es que cuando la condesa vió el aspecto grave del castillo magestuoso con sus troneras, torres y plataformas; las banderas desplegadas sobre las murallas; los penachos brillantes y las plumas; cuando contempló, digo, la reunion de este espectáculo magnífico, su corazon, poco acostumbrado á tanto esplendor, se sorprendió, y se preguntaba á sí misma que es lo que habia podido dar á Leicester para merecer participar con él de esta pompa real. Pero su orgullo y su entusiasmo generoso hicieron resistencia á estas sugerencias que la hubieran sumergido en la desesperacion.

— Le he dado, decia, todo cuanto puede dar una muger: mi apellido, mi reputacion, mi corazon y mi mano. Esto es lo que he dado al pié de los altares al señor de esta magnífica mansion, y la reina de Inglaterra no podia ofrecerle mas. Es mi esposo, soy su muger legítima, y el hombre no ha de separar aquellos á quienes ha unido Dios. Reclamaré mis derechos, con tanta mas seguridad por venir de sorpresa y sin auxilio ninguno. Conozco á mi noble Dudley; se irritará un momento porque le he desobedecido; pero Amy derramará lágrimas, y Dudley la perdonará.

Fuéron estos pensamientos interrumpidos por un grito de sorpresa que dió Wayland, que se vió de repente asido por dos grandes brazos negros y flacos de un individuo que se habia arrojado de las ramas de una encina sobre las ancas de su caballo en medio de las risotadas de los centinelas.

— Solo puede ser el diablo ó Flibbertigibbet, dijo Wayland despues de haber intentado inútilmente desasir y apear al enano que le habia agarrado fuertemente. ¿Son estas las bellotas de las encinas de Kenilworth?

— Sí por cierto, Wayland amigo, y son demasiado duras para que puedas hincarles el diente, si no te digo de que manera las has de morder. ¿Como hubieras podido pasar la primera barrera, si no hubiese dicho yo al gefe que nuestro principal camarada quedaba rezagado? Te he aguardado en un árbol en el que he subido desde nuestro carro, y todos los cómicos deben estar echando pestes, porque los he dejado plantados.

— Vamos, ya estoy viendo que eres hijo del diablo ó de todos los diablos, dijo Wayland; reconozco tu superioridad, enano protector. Ahora falta que nos muestres tanta bondad como puedes y necesitamos en este momento.

Al decir esto llegaron á una torre fuerte,

sita en el extremo meridional del puente de que hemos hablado ya, y que defendia el camino exterior del castillo de Kenilworth.

En tan infelices circunstancias para ella, y con una compañía tan singular, hizo la condesa de Leicéster su entrada primera en la residencia magnífica de un esposo igual casi á los príncipes.

